

No. No lo hago mas, no lo hago mas nunca La afectividad y el llegar a conocer

Yanet Segovia

Este escrito trata de asistir a uno de los aspectos menos trabajados dentro de la tradición del estudio antropológico, y es la consideración de las emociones y sentimientos que viven y sienten los hombres de una sociedad en correspondencia con lo que le parece bello, bueno, justo, injusto. Esto no escapa obviamente a una nueva manera de abordar los asuntos y reflexiones no solo de la actual antropología sino también de las ciencias sociales y humanísticas que se enlazan y comulgan en un gran dialogo con asuntos y aspectos puntuales y definitivos de la filosofía y de la propia estética actual. Son los hombres con voz, con sentimientos y emociones los que en última instancia justifica el hecho de acercarse y vivir en el acto de hacer antropología.

Intentando abordar este asunto de la afectividad como una forma de conocer y construir conocimiento tomo las palabras de una mujer wayuu quien las dijo a propósito de un profundo sentimiento de venganza que sentía a razón de un conflicto que tenía con otra mujer wayuu. Ella soñó que iba a ser castigada si llegaba a realizar lo que con tanta pasión y decisión estaba dispuesta a hacer. La señora Irma es una de las personas wayuu en quien sentí una gran fuerza en el afecto. Pensé la última vez que la vi que ella había neutralizado, en mucho, el desagrado, las dudas, incertidumbres que me inundaron, no pocas veces, en mi experiencia de campo en todos los años que compartí con los hombres y mujeres de esta sociedad. Este malestar está relacionado, sin duda, con el tema en el cual he concentrado mi estudio: comprender el crimen en esta sociedad. El crimen en cualquier sociedad en la que se aborde, produce, sin duda, sensaciones no gratas.

* * * * *

La señora Irma es una wayuu que vive en Maracaibo y posee grandes poderes y misterios lo que la hace ser una mujer respetada profundamente por su sociedad. Llegó a la ciudad siendo casi una niña. Es una mujer que, desde su conocimiento y poder, dialoga e interactúa con gran fuerza con su cultura de origen. Convive desde su juventud con lo que construye y exige su sociedad, pero también con lo que ha aprendido e interiorizado de la cultura criolla definida por sus grandes y definitivos vínculos con la sociedad occidental. Quienes la conocen afirman que “es muy wayuu” así como dicen ellos cuando alguien tiene la fuerza y la convicción del conocimiento, la ética, la sabiduría que como seres wayuu deben tener. Ella es una mujer que siendo tan anciana posee una fuerza vital que me perturbó y me atrajo desde que la conocí.

A pesar de ser “muy wayuu” me dijo mientras me narraba uno de sus sueños “eso es malo pensar en venganza”. Ella es una mujer importante dentro de su grupo parental. La señora Irma es poseedora de conocimientos misteriosos que sólo lo tienen aquellas personas que controlan y deciden, no sólo sobre mucho del hacer cotidiano, sino también sobre los sucesos mas puntuales, decisivos y extraordinarios de su propio colectivo. Cómo pensar a una persona con esa influencia y poder dentro de su grupo, afirmando la negación de la venganza. La venganza es una de las formas simbólicas y sociales que definen la naturaleza y la esencia de esta sociedad.

La narración a la que haré referencia se centra en ese sueño que tuvo hacía unos veinticinco años atrás del momento en que me fue contado. Es un sueño donde ella sintió el malestar y la negación de vengar, de querer y decidir vengarse frente a otra wayuu. Es decir, ella, según me afirmó, con toda la fuerza y convicción que sentí en lo narrado, negaba la venganza, una de las cualidades que se imponen en el ser wayuu.

La señora Irma una noche se acostó ansiosa preguntándose sobre la manera en que podía vengarse en la mujer que ella pensaba le había provocado un perjuicio que exigía dentro de la cosmovisión y ética wayuu la imperiosa necesidad de la venganza. Me dijo:

El Diablo, será el Diablo, quien hizo que yo sintiera tantos deseos de vengarme. Me acosté así, en un chinchorrito. Me quedé dormida, pensando en venganza. Cuando me



No. No lo hago mas, no la hago mas nunca.
La afectividad y el llegar a conocer

Yanet Segovia

quedé dormida bajo un Ángel, abajo, un Ángel, San Miguel Arcángel. Yo miré. Estaba alto, no estaba pisando tierra. El estaba con una espada, y las botas. Aja! Me hizo así. El alma mía me la sacó de mi cuerpo con una espada pa' ver todas esas cosas que iba a ver. Me levantó así, como un gatico. Cuando yo miré, allá hay gente, allá gente abajo, pero respirando llamas por los oídos, por la boca, por la nariz, por las uñas. Eso era llama por donde quiera. Esa gente que vivía ahí. ¡Ay, Dios mío!. Le dije "Yo tengo miedo. Yo no quiero ver". Le dije yo a Miguel Arcángel. Yo no quería ver. Tu glum tu glum, estaba haciendo. Ellas iban, yo creo que era del infierno que ellas iban. Iban a dar allá a la paila. Y yo estaba ahí, mirando. Me alcanza la llama". Le decía yo así. "No te vas a quemar. Te quemáis si hacéis lo que estabas pensando. Si hacéis lo que estabas pensando, si vas a dar allá". Y entonces yo "Ay! Tengo miedo. Le dije: No. No lo hago más. No lo hago más nunca".

La individualidad de la señora Irma como persona frente a su decisión de no vengar era de ella sola. Lo decidió, según dice, a partir de esa experiencia profundamente íntima, en sus sueños. No implica, en su decisión de no vengar, al grupo social como totalidad, ni siquiera a los wayuu urbanos quienes muchos, como ella, viven en la ciudad desde muy pequeños, o han nacido allí. Es el poder de su individualidad lo que le otorga la opción de negar lo que para su grupo social y cultural es un hacer que parece insalvable. Sin embargo, este hecho no le hace mirar a sus iguales como "otros", ni tampoco logra que ella sea considerada como distinta y ajena. Ella sigue siendo "muy wayuu" y mantiene como logró percibir, su importancia y status en el grupo parental al cual pertenece. En la vivencia y decisión de la señora Irma estaban en comunión con los dos tipos encontrados y opuestos de sentimientos y emociones que su propia experiencia les generó. Ella está en comunión con todo lo que eran como parte de un grupo cultural y social. Se corresponde con toda su historia compartida, también por las experiencias de vividas y sentidas a partir de "su otro" por todo lo que habían sido desde el origen, pero también por las experiencias vividas y sentidas a partir de "su otro". Así se rozan, se tocan, se repelen o comulgan toda la suma de experiencias que como individuo y parte de un colectivo ha tenido que enfrentar.

La señora Irma tuvo miedo. Este sentimiento hizo que tomara una decisión opuesta y acaso dramática con respecto a lo que se exige frente a la simbología y construcción del ser wayuu. Esto habla en mucho de su sociedad y lo que es posible que suceda a partir de los riesgos mundanos, como diría Marshall Sahlins. El sujeto, desde su constitución como individuo, es actor y responsable de sus acciones. Esto supone, aceptar la variabilidad y la diversidad de las individualidades, de los hombres como personas. La elección de la señora Irma, surge desde su propia forma de vida, desde lo que ella ha construido a partir de su propia experiencia vivida. Obviamente las experiencias y decisiones de esta señora no se producen en un espacio y tiempo vacíos, sino en una experiencia de vida que hizo posible generar su propio modelo. Este sujeto, como individuo, supone también, tal como lo afirma Patxi Lanceros, pensar la ética como creación de y desde su libertad ("posibles" acotaría yo) y pensar al sujeto como "su propia obra", como obra de arte". Sin embargo, toda "libertad" (en el uso y lugar que le da Lanceros) se encuentra velada por todo lo que cada sujeto vive y aprehende en todo lo que es su experiencia vivida. Lo vivido se sitúa en la base de la estética de la existencia (si seguimos revisando lo planteado por Lanceros).

La identidad personal, podemos afirmar con Le Breton, no es una sustancia sino un sentimiento, y por lo tanto, no podría darse de otra manera que en la pluralidad de las resonancias de la experiencia (Cfr. 1999, 111). Todo hombre pertenece a un lugar (o lugares) que comparte normalmente con otros, y que define a un "nosotros" que se supone idéntico (Cfr. Marc Auge 25), desde donde es posible crear una forma determinada de concebirse a sí mismo (a sus "nosotros") y a sus "otros". Toda esa vida compartida determina, sin duda, el pensamiento, los sentimientos, las formas de andar, de ver y enfrentar el mundo. Es por ello que es posible afirmar junto a Marc Auge que la individualidad absoluta es impensable (26). En otras palabras la libertad de decisión esta



vedada, atravesada, por todo lo que los “otros” han querido que sea. No es posible comprender lo que la señora Irma soñó y sintió, sin traducirlo y ubicarlo a partir de su experiencia y afectividad personal, sin tomar en cuenta el mundo cognitivo que ella ha sido capaz de recoger y asimilar en el transcurso de su existencia, la cual ha vivido en una frontera cultural que abre sin duda el abanico de posibilidades en el acto de optar por una u otra cosa. Obviamente, que todo sujeto puede optar, puede decidir desde su propia “libertad”, cualquiera sea su lugar y espacio vivido. Pero, sin duda, que en este lugar fronterizo la libertad por decidir desde el sujeto y su individualidad se potencia.

+ + + + + + + +

La señora Irma supo de su miedo y optó por una decisión a partir de lo que era como wayuu, y de lo que era también como parte de una sociedad donde había crecido. Ella decidió negar la venganza por el miedo al castigo del “poder divino” propio de Occidente, oponiendo, y trasegando lo que de su cultura era necesario, y acaso, obligatorio hacer. El castigo que le prometió San Miguel de Arcángel surge y tiene sentido desde la tradición cristiana donde la culpa individual y el castigo se corresponden irremediamente. A la señora Irma le tocó, a finales del siglo XX, tomar decisiones y construir buena parte de su Ser a partir de ese suceso vivido por otros hace ya cinco siglos. Ella tuvo miedo del castigo de este arcángel a finales del siglo XX, sintió ese miedo que la determinó en ese momento y para siempre. Tal como afirma Le Breton las emociones resultan así, también de procesos cognitivos complejos (Cfr. 115). Sentimiento y emoción nacen de una relación con un objeto de la situación dentro del cual está implicado. Esta experiencia podríamos evaluarla desde el poder del sentimiento y de la afectividad que produjo en ella ese miedo, aunque acaso sea solo una evaluación intuitiva y provisoria. La afectividad simboliza el clima moral que llena y define constantemente la relación del individuo con el mundo. La resonancia íntima de las cosas y los sucesos, tal y como se ofrecen en la vida cotidiana constituye y decide un trama discontinuo, ambivalente, inasible por su complejidad de formas (Cfr. Le Breton 1999, 105).

Lo afectivo brinda esquemas de experiencia y acción sobre los cuales el individuo va decidiendo y armando su conducta según su propia historia personal, según su propio estilo individual y, también según su propia forma de evaluar las situaciones que enfrenta durante toda su vida. La emoción y sentimientos sentidos por la señora Irma traducen la significación dada por ella a sus propias circunstancias. La afectividad es la causa y consecuencia de una actividad de conocimiento, una construcción social y cultural que se convierte en un hecho personal a través del estilo propio de cada individuo. Producen y potencian una forma de expresarse, creando sus propios significados y discursos.

El miedo es presencia permanente, somos capaces de reconocerlo en ciertas experiencias individuales, pero hablan y traducen, obviamente el plano colectivo, todo lo que ha sido capaz de definirlo y de darle forma. Reconocemos el miedo y en esa medida, y como consecuencia, procuramos protegernos y definirlo para luego intentar responder y defendernos de él. Lo desconocido produce miedo inicialmente por lo que no sabemos de él. Lo que sintió la señora Irma devela un sentimiento de inseguridad, de precariedad, fue realidad absoluta, y tuvo la necesidad de crear sus propios discursos y sus propias maneras de defenderse de ese riesgo.

Las exigencias de la razón expuesta y defendida por las ciencias sociales, ha conducido a la escritura y a las maneras de abordar las investigaciones y sus diferentes escritos, a un “desencantamiento del mundo”, negando, como exigencia absoluta, el sentimiento, lo sensible, el propio sentido común de aquellos que se aventuran de una u otra manera en el hacer intelectual. Ha negado, así mismo, la importancia de la apariencia y de la proximidad en el acto de conocer. Sin embargo, la preocupación y haceres específicos

actuales de antropólogos y otros investigadores contemporáneos han retornado por diversas vías y discursos a la importancia de los valores antes negados. Se reconoce, y se hace lo posible por superar, la precariedad de los principios unidimensionales racionalistas, procurando abordar la investigación desde la profundidad de las apariencias, de lo sensible, de lo sentido, que se inserta como propuesta también en la consideración de la experiencia del ser en el mundo. Este proceso de revisiones y nuevas propuestas reclama también lo que Maffesoli llama un “hedonismo de lo cotidiano”. Se hace necesario asumirlo, como el mismo autor propone, como “ética de la estética”. Es decir, una manera de ser, de estar en el mundo (ética), donde lo que sentimos con los otros (estética¹), es fundamental (Cf. 12). Se extiende, de esta manera, a toda creación y apreciación de espacios, objetos, sonidos que están implícitos en todas nuestras experiencias. Bien, en nuestra experiencia cuando pretendemos crear conocimiento, o bien en nuestra propia vida afectiva y cotidiana.

Es posible entonces hablar en este sentido de “la vida como obra de arte”. En este sentido Ética y Estética se rozan, se complementan, correspondiéndose en una unión insalvable, pues como dice Gary Gossen, la “ética es la estética, pues lo bello es el orden moral (Cfr. 1988, 111). Para los griegos “la ética era fundamentalmente la estética del yo (Ver Patxi Lanceros, 1997, 171). Encontramos a los sofistas afirmando que lo bello y lo justo no eran algo natural sino producto de solo una convención. Desde entonces la filosofía ha tratado de justificar las costumbres en una permanente confrontación con el escepticismo y el relativismo (Ver David Sobrerilla, 1997, 59).

Sin embargo, una de las condiciones de esta ética-estética es la del consenso (que se pone en momentos en cuestión), pero que pertenece a una sensibilidad colectiva cuya ética estaría marcada por lo vivido en comunidad, con un pasado que les corresponde como totalidad, y un presente marcado por el sentir y hacer común desde donde los hombres y mujeres se comunican en un gran diálogo, donde todos saben o creen saber lo que el otro desea y quiere decir o manifestar. En este sentido somos parte de un grupo social desde el sentido vivencial, sensual, emocional. Junto a Maffesoli podemos decir que “el hecho de sentir juntos genera un valor, es vector de creación. La potencia colectiva crea una obra de arte: la vida social misma” (Cfr. 1990, 22-23). Uno de los rasgos importantes de la obra de Maffesoli dentro del ámbito de lo cultural es este hacerse colectivo desde la emoción estética, es el estar juntos desde un “lazo místico”.

Se rechaza, de esta manera, las exigencias del racionalismo, que exige la reducción, la simplificación en la pretensión de comprender la complejidad humana, tanto en lo individual, como en lo colectivo. La modernidad que estigmatizó la consideración y apreciación de toda estética, de todo reconocimiento de la afectividad, quiso deslastrarse de todo aquello que lo relacionara con una raíz mundana, de todo aquello que hiciese del hombre sujeto de sensaciones y placeres. En este sentir en común es donde parece estar, así como lo afirma Pedro Alzuru “el secreto de la estética actual”. (90).

BIBLIOGRAFIA

Alzuru, Pedro. Del ultrahombre al hombre común, Ediciones Solar, Mérida, Venezuela, 1997.

Gossen, Gary. Estilo práctico y visión del Cosmos entre los Chamula de Chiapas, En: Mito y ritual en América, Editorial Alambra, Madrid. 1988.

Lanceros, Patxi. Diccionario de Hermenéutica, Dirigido por A. Ortiz-Oses y Patxi Lanceros, Universidad de Deusto, Bilbao, España, 2001.

Le Breton, David. Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones, Nueva visión, Buenos Aires, Argentina, 1999.

Maffesoli, Michel. Au Creux des appaarences. Pour une étique de l'esthétique, Plon, Paris, 1990.

Sobrevilla, David. « Ética etnocéntrica y Ética Universal », En : Ética y Diversidad Cultural, 1997.

¹ Según Pedro Alzuru, en su libro Elogio del hombre ordinario “La estética así entendida, es decir, ocupando los momentos vividos en común, hace que el tiempo varíe según las personas y sus formas de relacionarse. Las relaciones comienzan a valer en sí mismas, sin necesidad de insertarse en alguna filosofía de la historia” (1999, 91)

